

---

---

## Juan Rulfo y *El Llano en llamas*

---

---

La distinción mallarmeana entre el estado bruto y el estado esencial de la palabra, expresiva, en el ámbito poético, de la revalorización de la intuición y de la vida interior frente al positivismo de fines del siglo pasado, abrió caminos nuevos a la comprensión del hecho literario, tal como éste fue evolucionando a lo largo del presente siglo con el peso creciente de la subjetividad y de la angustia del hombre moderno en el enfoque de la realidad, de la vida. «Un désir —decía Mallarmé— indéniable à mon temps est de séparer comme en vue d'attributions différentes le double état de la parole, brut ou immédiat ici, là essentiel». La palabra bruta se refiere a las cosas directamente: narrar, enseñar, describir, nos da la mera presencia de las cosas, su representación. La palabra esencial, en cambio, elude representación externa, penetra las cosas, y por eso es siempre alusiva, sugestiva, evocadora. La palabra bruta es la de los sentidos; la esencial es la del pensamiento, la de la meditación; de ahí que el lenguaje del pensamiento sea el lenguaje poético. La idea ha de ser la preocupación del poeta, pues sólo así elude la informe invasión de las cosas y se acerca a la plenitud de su significación y de su sentido. Con la visión poética no nos alejamos del mundo; simplemente nos liberamos de su opaca inmediatez, de la banalización de lo cotidiano, para alcanzar a mostrarlo en una experiencia más rica y llena de contenido.

Sólo en ese sentido se puede hablar, como se viene haciendo en relación con la literatura más moderna, de una destrucción de lo «real»; en verdad, sólo es destrucción de lo externo, de lo dado en la vida cotidiana. En el gran arte, la imagen se convierte en una negación vivificante, pues expresa el trabajo ideal del pensamiento por el cual el hombre niega la naturaleza inmediata —hay que cuestionar las apariencias si queremos comprender el mundo— y la eleva a un nivel superior para conocerla más profundamente, libre de su escoria, en su profunda significación humana.

M. Blanchot ha mostrado lúcidamente que vivir un acontecimiento en imagen no es desprenderse de él, desinteresarse de él; es dejarse tomar, pasar de la región de lo real, en la que nos mantenemos a distancia de las cosas para mejor manejarlas, a esa otra región donde la distancia nos retiene, esa distancia que es entonces profundidad, lejanía inapreciable que se ha transformado en la potencia soberana y última de las cosas.

Que Rulfo ha traspuesto a este tratamiento profundo de la imagen todo el caos de sensaciones e impresiones de la historia real de su pueblo, en una tensión angustiosa entre la violencia externa y la meditación desesperanzada, es cosa que reconoce Octavio Paz, si bien sólo en un aspecto parcial, el que se refiere al tratamiento del paisaje: «Juan Rulfo —dice— es el único novelista mexicano que nos ha dado una imagen, no una descripción, de nuestro paisaje. Como en el caso de Lawrence y Lowry, no nos ha entregado un documento fotográfico o una pintura expresionista,

sino que sus intuiciones y obsesiones personales han encarnado en la piedra, el polvo, el pirú. Su visión de este mundo es, en realidad, visión de *otro mundo*». Conclusión bien cierta si no entendemos por ese «otro mundo» ajenidad, sino potenciación máxima, que nos muestra a este mundo más como es en verdad, esencialmente.

Aclaración ésta no ociosa, pues se tiende en general a buscar la clave del «fenómeno Rulfo» en su radical subjetivismo, en esa angustia esencial del «solitario sin fe para quien todas las cosas que lo rodean son símbolos mudos» y en un análisis infinito de su particularidad psicológica y mental, olvidando que toda palabra poética denota simultáneamente un referente externo y una actitud subjetiva y que esa palabra sólo se logra en la coherencia emocional de los dos factores.

Blanco Aguinaga, en una sagaz caracterización de nuestro autor, nos dice: «Rulfo aparece en las letras mexicanas lleno de la angustia, al parecer sin solución, del hombre contemporáneo, y aparece —concretísima realidad nacional— en el después de la Revolución que presagiaba el descreído Solís de *Los de abajo*: aparece sin fe, contemplando tierras secas, caciques, el maíz que no crece, el polvo, el viento sin sentido, las peregrinaciones a Talpa, los crímenes mecánicos y primitivos, la soledad y miseria mudas de los hombres de campo; convencido de que hay sueños interiores que no se resuelven con el mensaje social... No queda ya ninguna fe exterior en que apoyarse. En su lugar, la violencia sorda, el fatalismo y esa angustia lacónica, quieta, que preñan los cuentos y la novela de Rulfo». Todo esto es bien cierto, salvo que la impresión que nos queda y que sigue trabajando nuestra imaginación después de la lectura de sus obras, es la tremenda fuerza con que nos penetra una realidad histórica y humana concreta, concretísima: la de un momento de la vida de su país, de México; la de la condición tristísima de su gente campesina. Así, mal podría abstraerse a Rulfo de su medio, de la historia reciente de su país. Rulfo es un escritor de América, por serlo de México, y heredero, descendiente, además, de esa conmoción continental que fue la Revolución mexicana. Ciertamente que no hay en Rulfo el mensaje social expreso y directo, porque disuelve dentro de sí el complejo conflicto vivido; pero es para recrearlo en un nivel más alto, en la esfera del arte, como un destino trágico que se abate sobre el pobre hombre de la tierra, moviéndonos así a una sobria y viril piedad por su destrucción.

\* \* \*

La situación de los campesinos mexicanos tradicionalmente y hasta la época del Porfiriato fue de una sujeción y explotación que los hundía en el subconsumo, en la miseria, arrebatándoseles, incluso, en no pocas ocasiones, los predios comunales. El plan de San Luis Potosí, de Madero, no dio respuesta a las necesidades campesinas. De ahí el pronunciamiento de Zapata, que se formalizó en el Plan de Ayala y los movimientos de Orozco y Villa en el Norte que movilizaron a la gente de la tierra con reclamos semejantes. Denunciaba Zapata que «los pueblos y ciudadanos mexicanos no son más dueños que del terreno que pisan, sin poder mejorar en nada su condición social y sufriendo los horrores de la miseria». En plena guerra civil, el asesinato de Madero levantó innumerables grupos guerrilleros, nutridos en buena

parte de campesinos, por todo el país. Al final, con Carranza y Obregón, fue triunfando la facción que representaba un proyecto de dimensión nacional respaldado por las clases urbanas. Estos grupos, más coherentes y poderosos, hicieron triunfar la Revolución; pero los campesinos quedaron postergados, sumidos en la misma condición precaria de siempre. Con la muerte de Zapata y Villa quedó silenciada y muerta la aspiración más hondamente popular de los campesinos, que fueron así fácil presa de la posterior rebelión de los cristeros, movimiento que había levantado las consignas agrarias no cumplidas. En resumen, la condición campesina desde el Porfirismo hasta la consolidación de la Revolución no había mejorado. Parecía que un destino adverso condenaba a esa población para siempre a la desesperanza y a la frustración. Enardecidos por la promesa revolucionaria, arrastrados por el vendaval, se hicieron guerrilleros errabundos, bandidos, salteadores, y se vieron al final despojados, preteridos, condenados a la miseria y al olvido.

Este es el material, el contenido vivo, que da profundidad y densidad moral y estética a las preocupaciones artísticas y humanas del escritor Juan Rulfo. Un somero examen de los cuentos de *El Llano en llamas* lo muestran sobria pero intensamente. En todos ellos se trata de episodios individuales, de propósitos y fracasos, de angustias de diversos personajes anecdóticos; pero el personaje principal, aunque no mencionado sino al pasar, aunque no esté presente en el relato, es el hecho efectivo y real de la lucha de los campesinos antes, durante y después de la Revolución; el peso y las consecuencias negativas de esa lucha están en la raíz del conflicto humano, de la situación presentada.

*El Llano en llamas* nos relata un episodio de ese vendaval de la Revolución que arrancó a los campesinos de la tierra que lucharon contra los federales y acabaron en el bandidaje, siendo el terror de «todos los alrededores del Llano». Revolucionarios «aunque no tengamos por ahora ninguna bandera por qué pelear», recuerdan las reflexiones del personaje de *Los de abajo*: «Ahora van ustedes; mañana correremos también nosotros, huyendo de la leva, perseguidos por estos condenados del gobierno, que nos han declarado guerra a muerte a todos los pobres; que nos roban nuestros puercos, nuestras gallinitas y hasta el maicito que tenemos para comer; que queman nuestras casas y se llevan nuestras mujeres y que, por fin, donde dan con uno, allí lo acaban como si fuera perro del mal». El relator, en la narración de Rulfo, acabó en la cárcel. Al salir le espera la muchacha que robara y en la que tuvo un hijo. «Era —dice— igualito a mí y con algo de maldad en la mirada. Algo de eso tenía que haber sacado de su padre». Mas la mujer, su mujer, anuncia la nueva vida: «Pero él —dice por el niño— no es ningún bandido, ningún asesino. El es gente buena».

*Es que somos muy pobres*, aunque no tiene fijación temporal, sí muestra con punzante hondura el sufrimiento que se deriva de la triste condición del hombre de la tierra. La fuerza destructora de la pobreza arrasa las humildes esperanzas de un hogar campesino. La miseria hizo que las dos hijas mayores acabaran en la prostitución. Queda la hija pequeña, adolescente, a la que los padres esperan salvar porque han logrado comprar una vaca y ella será la dote que permita a la muchacha casarse con un hombre que la quiera. Pero la fatalidad desata los elementos naturales: una inundación, una correntada, mata a la vaca, tal vez también al ternerillo que la